

mente á Constantinopla; y con este motivo recibió una embajada magnífica con las felicitaciones del emperador Juan Comneno, que había sucedido á su padre Alejo. Había entre los embajadores un hombre que se tenía por filósofo, y que se puso á declamar contra la Santa Sede y toda la Iglesia de Occidente. Poco contento con censurar á los latinos porque sus prelados llevaban púrpura é iban á la guerra, y que el Papa era mas bien un emperador que un obispo, los trató de azimitas y de corruptores de los sagrados símbolos. Pedro, diácono, emprendió responderle, y el emperador Lotario los hizo disputar en su presencia. Se ignora cuál fué el fruto de esta conferencia; pero se presume que ella dió motivo á esperanzas muy bien fundadas para enviar á los griegos algunos doctores que acabasen de despreocuparlos en esta materia. A esta ocasion se refiere el viaje de Anselmo, obispo de Havelberg, que salió como embajador de Lotario para Constantinopla.

Ganóse allí los corazones con su dulzura, afabilidad y modestia, y la estimacion universal con su capacidad (1). Compadeciase frecuentemente de las preocupaciones y mala inteligencia, que exasperando á los orientales contra los latinos, los separaban del camino de salvacion. El emperador Juan Comneno, movido por sus razones ó picado de emulacion por la gloria de la iglesia griega, tomó el partido de hacer tener sobre este asunto conferencias con mucho aparato. Había entonces en Constantinopla una compañía de doce sábios llamados maestros por excelencia, que gobernaban todos los estudios y eran los árbitros de las controversias en toda clase de materias, presididos siempre por Nechites ó Nicetas, arzobispo de Nicomedia, el mas famoso entre

(1) Prolog. tom. 13 Spicil. pag. 88.

ellos. Este fué el que el emperador hizo entrar en la lid contra Anselmo de Havelberg. Todos los hombres sábios y científicos mas famosos de la Grecia, y los de mas consideracion entre los latinos que se hallaban en Constantinopla, en especial venecianos, genoveses y pisanos, asistieron á las dos conferencias que se tuvieron, una en la iglesia de Santa Irene, sobre la procesion del Espíritu Santo, y otra en Santa Sofía, sobre la primacia del Papa y los panes ázimos.

Los dos prelados espusieron allí lo mas fuerte que se podia objetar de una parte y otra; pero sin acrimonia, sin altivez y con una modestia y moderacion de que jamás se ha visto mas hermoso ejemplo en disputas de esta naturaleza. Los latinos reconocieron que Nicetas, amigo sincero de la verdad, no tenía en vano el título de sabio. No se acaloró sino cuando habló del poder arbitrario de los Papas, segun él se le figuraba, y de su dominacion imperiosa sobre los otros obispos á quienes despojaba, decaía él, de su cualidad de jueces en materias de religion, y del carácter divino de primeros hijos de la Iglesia, para no hacer de ellos mas que viles y mudos esclavos. Anselmo respondió á esto con la dulzura que le era natural, diciendo: «Si conociérais como yo la piedad de la Iglesia romana, su rectitud y equidad, su caridad sin límites, su sabiduría, y sobre todo su exactitud en el exámen de las causas eclesiásticas y la libertad del voto en los juicios, lejos de hablar así, os someteriais con empeño á su obediencia.» Nicetas volvió sobre sí, y reconoció que las preocupaciones de la Grecia formaban el mayor obstáculo á su reunion: «pero esta dificultad, añadió, me parece terrible; para superarla seria necesario juntar un Concilio general de las dos iglesias por la autoridad del Papa, y de consentimiento de los emperadores.» Convino en lo mismo Anselmo, y los asistentes

espresaron el mismo deseo con sus aclamaciones; pero este proyecto no tuvo ejecucion hasta mucho tiempo despues.

Roberto ó Ruperto, segun la pronunciacion alemana, abad de Duits junto á Colonia, sostuvo tambien con su doctrina la gloria de la iglesia germánica; y se adquirió, especialmente con su tratado de los officios ú obligaciones del cristiano, la mayor celebridad. En sus tratados teológicos y en sus comentarios sobre la Escritura, se ve hasta qué alto grado de favor había llegado el método escolástico. Se censura á Ruperto por haber dicho que la sustancia de pan y de vino no se muda mas en la Eucaristía que la sustancia del Verbo en la Encarnacion. Pero si el espíritu de sistema le hizo usar de una analogía mal comprendida ó mal presentada, este piadoso escritor, uno de los católicos mas famosos de su tiempo, que por sus virtudes ha sido contado por algunos autores en el número de los Santos, se explica él mismo en otras mil partes del modo mas ortodoxo y mas exacto. En sus cartas particularmente, despues de haber repetido que no se mudan las sustancias de pan y vino, añade: *en cuanto á las especies visibles.* Y despues concluye en estos términos: «creemos sobre la palabra del Salvador lo que no vemos, esto es, que el pan y el vino se han convertido en la verdadera sustancia de su Cuerpo y de su Sangre (1).»

El emperador Lotario, viendo que ya no había mas enemigos que temer en derredor de Roma, donde el Antipapa temblando y retirado en sitios aislados se iba acabando de consumir con los restos de su faccion, se acercó con el Pontífice legítimo, el cual no tardó en entrar en ella. Lotario, despues de haber encargado la defensa de la Santa Sede á Rainulfo, á quien había he-

(1) Epist. ad Curon. ante Evang. Joan.

cho duque de Pulla, cuya eleccion había ya justificado este con una gran victoria ganada al rey Rogerio, se volvió á Alemania. Aunque cayó enfermo en Verona, continuó su marcha; pero como el rigor de la estacion agravó su enfermedad, murió á la edad de sesenta y dos años en la noche del 3 al 4 de diciembre de 1137 con los mas vivos sentimientos de piedad; su cuerpo fué trasladado desde el pueblo de Bretten cerca de Trento al monasterio de Lieutern en Suavia. Este príncipe se hacia acompañar á todas partes por eclesiásticos y personas piadosas para aprovecharse de sus consejos y ejemplos: velaba mucho, dice un autor del tiempo (1): estaba frecuentemente en oracion, y en ella derramaba torrentes de lágrimas: era mirado como el padre de los pobres y el protector de los desgraciados. El género de vida que se le vió seguir constantemente durante su expedicion de Italia era el siguiente; al amanecer oía una misa por los difuntos, despues otra por el ejército, y por último la misa del día: luego con la emperatriz Richila ó Richensa lavaba los pies á cierto número de huérfanos y les distribuía su alimento: despues oía las quejas de las iglesias, y en seguida se entregaba á los negocios del imperio. Como todos los emperadores virtuosos y mas dignos del trono, se manifestó inviolablemente adherido á la Santa Sede. Para sucederle fué elegido y coronado en 13 de marzo del año siguiente Conrado III, duque de Franconia, nieto del emperador Enrique IV por su madre Inés.

En el mismo año el rey Luis el Gordo dió á los franceses el mismo espectáculo de edificacion. Habiendo caído enfermo volviendo de una expedicion de Turéna, hizo reunir obispos, abades y otros muchos sacerdotes, y despues pidió los últimos socor-

(1) Chron. Cass. l. 4, c. 3.



ros de la Iglesia. Cuando supo que se acercaba la sagrada Eucaristía, se levantó con grande admiración de todos, y á pesar de su debilidad salió al encuentro del Cuerpo de nuestro Señor. Allí, en presencia de una multitud de asistentes, clérigos y legos, confesó que habia cometido muchos pecados en el gobierno de sus dominios; despues dió la investidura á su hijo Luis, haciéndole prometer que protegeria la Iglesia y los pobres, que conservaria á cada uno sus propiedades y sus derechos, y no haria arrestar á persona alguna de su corte que no hubiese cometido algun crimen. Mandó distribuir á los pobres sus vestidos y todos sus muebles, á escepcion de su oratorio, que destinaba á la abadía de San Dionisio. Luego se puso de rodillas delante del santo Viático, que le habian llevado en procesion luego que se concluyó la misa celebrada con este objeto; hizo profesion de fé, y en ella insistió especialmente sobre la santa Eucaristía. «Creo firmemente, dijo, que este es el mismo Cuerpo que nuestro Redentor tomó de la Virgen y dió á sus discípulos para permanecer con ellos; que esta Sangre sagrada es la misma que corrió en la cruz; Viático adorable con que deseo fervorosamente ser fortificado contra los peligros de la muerte.» Confesó despues sus pecados, recibió con una tierna devoción el Cuerpo y Sangre del Salvador, y pareciéndole sentirse mejor, se volvió á su cuarto sin que nadie le ayudase (1).

Habiendo vuelto á continuar su camino, los pueblos, de quienes era venerado, corrían por todas partes á verle pasar dejando sus arados, abandonando sus rebaños, llenándole de bendiciones y recomendándole al Señor con lágrimas y sollozos. Él mismo no pudo contener las suyas, y dando gracias á aquellas buenas gentes con una familiaridad paternal las pidió que

(1) Suger. vit. Lud. pag. 319.

continuasen en sus plegarias. Llegó por fin á San Dionisio, y su primer cuidado fué ir á dar gracias á Dios y á los santos mártires, postrado delante de las reliquias, junto á las cuales habia deseado ardientemente morir. Aquí recibió enviados de Guillelmo, duque de Aquitania, quien despues de una larga série de obras de penitencia habia muerto en Compostela delante del altar de Santiago, el viernes Santo 9 de abril de aquel año de 1137. Guillelmo, al salir para esta última peregrinacion, habia encargado que fuesen á recomendar su hija Leonor al rey como á un padre, y suplicarle que dispusiese de ella y de sus Estados, casándola según su nacimiento. El rey prometió darla por esposo á Luis, su hijo mayor, á quien hizo marchar inmediatamente á Aquitania. Entre tanto recayó enfermo en Paris, donde apenas habia llegado de San Dionisio, y en poco tiempo se vió reducido al último estremo. Se confesó de nuevo con su confesor ordinario Hilduino, abad de San Víctor, cuyo monasterio habia reedificado desde los cimientos. Tambien volvió á recibir el Viático, y quiso ser llevado otra vez á San Dionisio para tomar allí el hábito monástico; pero la enfermedad no le dió tiempo. Habiendo hecho tender una alfombra en el suelo y poner encima ceniza en forma de cruz, se echó sobre ella con señales de contrición; se persignó devotamente, y hecho esto murió en primero de agosto. Luis el Joven, llamado así para distinguirlo de su padre, tenia diez y siete años de edad y tomó inmediatamente el gobierno del reino.

Enrique I, rey de Inglaterra, habia muerto cerca de año y medio antes, es decir, en 1.º de diciembre de 1135. Recibió los sacramentos de Penitencia y Eucaristía, dice Hugo, arzobispo de Rouen, escribiendo al Papa, despues de haber prometido enmendar su vida, y mandado que se pagasen sus deudas y se diese el resto de su tesoro

á los pobres. Era hijo de Guillelmo el Conquistador, cuya sucesion masculina se distinguió en él, por lo que no dió mas que tres monarcas á la Inglaterra conquistada con tanta gloria. Enrique tenia una hija llamada Matilde, casada con Geofredo Plantagenet, conde de Anjou, la cual debia heredar el reino; pero se anticipó su primohermano Esteban de Boloña, que se hizo coronar en 22 del mes en que murió Enrique.

Por último, en 7 ó mas bien 25 de enero de 1138 murió en Roma el antipapa Pedro de Leon, despues de haber llevado cerca de ocho años el nombre de Anacleto II, poniendo fin su muerte á aquel largo y funesto cisma. Sin embargo, los cardenales de su partido volvieron á elegir Papa en la persona de Gregorio, cardenal presbítero, á quien llamaron Víctor; pero solo con la mira de ganar tiempo y proporcionarse una reconciliacion ventajosa. Al cabo de dos meses, el supuesto Papa fué de noche á buscar á San Bernardo, quien le hizo quitar la mitra y la capa, le llevó á los pies del Papa Inocencio, y logró que le recibiese en su gracia. Todos los cismáticos se apresuraron á seguir su ejemplo, y en poco tiempo se volvió á ver florecer por todas partes el orden y la felicidad pública.

El santo abad trató de huir cuanto antes de su triunfo. A los cinco dias despues de la sumision del cardenal Gregorio, salió de Roma donde todo resonaba con la gloria de su nombre; y conducido por el clero, por el pueblo y por toda la nobleza, volvió á tomar el camino de Claraval, á donde por toda riqueza llevó diferentes reliquias. Si dejó algo con sentimiento en Italia fué principalmente á Balduino, el primero de los monjes del Cister que fué hecho cardenal y elegido arzobispo de Pisa su patria. En medio de tantos y tan penosos trabajos habia sido el mas dulce consuelo de San Bernardo,

á quien honró tanto que sin embargo de ser cardenal no se desdeñaba de servirle de secretario.

El Papa Inocencio, viéndose tranquilo en Roma, convocó en ella un gran Concilio que se celebró en 8 de abril de 1139, y se cuenta por el segundo general de Letran y décimo ecuménico (1). Halláronse en él hasta mil obispos, y á lo menos otros tantos abades; y entre estos millares de preladados, dice un autor de aquel tiempo (2), pareció Inocencio el mas respetable, tanto por el aire de magestad que resplandecia sobre su rostro, como por los oráculos que salían de su boca. Este mismo autor dice tambien, que pronunció un discurso en que comparando en cierto modo aquel Pontífice á los feudos dados por los príncipes la concesion que él hacia de las dignidades eclesiásticas no espresa, sin embargo, la idea de que la dignidad episcopal (*ecclesiastici honoris celsitudo*) dependa del Papa de la misma manera que un feudo depende del que le ha concedido. En efecto, dice á los preladados que la dignidad de su institucion ó carácter auténtico les confiere la propiedad ó el derecho de obrar; lo cual no puede decirse absolutamente del poseedor de un feudo. Cuando añade que la cumbre del honor eclesiástico se recibe por el permiso del Pontífice romano, según la costumbre de un derecho casi feudal (*quasi feodalis juris consuetudine*), quiere mostrar que los cismáticos que han sido ordenados sin permiso de ese Pontífice, no han recibido la institucion auténtica que confiere la propiedad de operacion ó de ejercicio para las funciones de sus órdenes; y que esta propiedad, de que sin embargo han usado, debe serles prohibida, como la posesion de un feudo á quien de él se ha apoderado contra la

(1) Tom. 10 Concilior. pag. 999.

(2) Chron. Maurin.



voluntad del legítimo concesionario. El objeto principal del Concilio era consumir la estincion del cisma que quedó anatematizado, con el resto de sus fautores, de un modo unánime y definitivo; despues de lo cual se confirmaron los cánones de disciplina establecidos en muchos Concilios precedentes, y en particular en el que Inocencio habia tenido en Reims en el año de 1131: se prohibió además á los legos retener los diezmos eclesiásticos, cualesquiera que fuesen las personas, obispos ó príncipes de quienes los hubiesen recibido. Se condena tambien á los nuevos maniqueos que desechaban los Santos Sacramentos, y despues se condenaron los errores de Arnaldo de Brescia, pero en general y sin nombrarle todavia. Este declamador herege, simple lector de la iglesia de Brescia, pero envanecido con su talento para la sutileza, con aplicaciones malignas de la Santa Escritura y una elocuencia entusiasta, animaba á las gentes del pueblo contra el clero, é introducía por todas partes la turbulencia en su patria. Se sospechaba de él que pensaba mal del Sacramento del Altar y del Bautismo de los niños; pero no se podía dudar de su atrevimiento en querer trastornar con todo su poder la constitucion del orden gerárquico. Aseguraba altamente y sin ambigüedad, que no podian salvarse los clérigos y los monges que poseian bienes en propiedad; y que aun los obispos debian vivir de las ofrendas voluntarias del pueblo, sin tomar de ellas mas que lo necesario para una vida frugal y penitente. Despues de haber estudiado largo tiempo en Francia, principalmente bajo la direccion de Abelardo, otro genio mas sutil que sólido y por su presuncion digno maestro de tal discípulo, se volvió á su pais donde se puso un hábito religioso para hacer escuchar mejor las invectivas que no dejaba de vomitar

contra los mas grandes prelados incluso el Papa. Por último, fué echado de Brescia, donde hizo muchos partidarios, y se refugió á la Suiza donde hizo muchos mas.

Apenas se habia terminado el concilio de Letran, Rogerio, que habia sido excomulgado en él espresamente, volvió de Sicilia á la Pulla, cuyas ciudades sometió con la misma rapidez con que se las habian quitado. El Papa reunió las tropas que pudo para oponerse á sus progresos, y se adelantó hasta Monte-Casino. Sin embargo, se habló de paz, y se enviaron parlamentarios de una parte y otra; pero al mismo tiempo el hijo del rey de Sicilia se metió detrás de las montañas con mil caballos, sorprendió al Papa, le hizo prisionero, y le presentó al rey su padre. Si el Pontífice tuvo razon para quejarse de esta infraccion de la fé pública, tambien la habia, dicen ciertos críticos, para acusarle de haber faltado el primero á la palabra, confundiendo con los eismáticos obstinados á Pedro de Pisa, que por la mediacion de San Bernardo habia vuelto á entrar en el seno de la unidad con tanta edificacion y á quien Inocencio habia prometido mantener con honor en su dignidad; pero estos críticos olvidan que Pedro de Pisa debió sufrir, como los demas obispos ilegítimamente ordenados, la formalidad de la deposicion, porque fué una medida general ejecutada en pleno Concilio, y no era faltarle á la palabra asimilarse un momento á los demas obispos partidarios de Anacleto; y pues tuvo tal arrepentimiento que se le restableció en seguida, la sinceridad de sus pesares no debió permitirle quejarse de haber sido comprendido en una sentencia comun cuyo rigor era saludable á la Iglesia. Por lo demás, la conducta observada con Pedro de Pisa no podia justificar de modo alguno la violacion de la tregua que hizo caer al Papa en poder de Rogerio. Este lo conoció bien, y así él mismo se humilló delante de su cautivo, y

postrado á sus pies le pidió paz y perdon. Concedióle de buena gana el Papa esta paz que fué jurada el dia de Santiago 25 de julio, y el Papa hizo espedir inmediatamente su bula, en la que sin decir una palabra de la concesion de Anacleto, concede á Rogerio el reino de Sicilia, el ducado de Pulla á uno de sus hijos, y al otro el principado de Calabria con la obligacion de rendir vasallage de bienes y persona á la Santa Sede, con el censo anual de ciento veinte schifates.

Habiendo vuelto el Papa á Roma recibió á San Malaquías, obispo de Downe en Irlanda, hombre verdaderamente apostólico y digno representante de todos aquellos venerables varones que habian adquirido en otro tiempo para las islas Británicas el título de tierra de los Santos. Despues de haber hecho sus estudios en la ciudad de Armagh, se habia puesto bajo la direccion de un hombre santo llamado Imario, haciendo á su ejemplo una vida muy austera. El arzobispo Celso le obligó, á pesar de su resistencia, á recibir el órden de diácono, y despues el de sacerdote, aun antes de la edad observada por los antiguos cánones; á saber, la de veinticinco años para el diaconado y treinta para el sacerdocio. Habiéndole hecho inmediatamente el arzobispo vicario suyo, Malaquías se aplicó cuidadosamente á instruir á aquellos pueblos ignorantes y bárbaros, restableció entre ellos la magestad del culto purificado de toda supersticion, el uso de los Sacramentos, y las reglas cristianas del matrimonio, é hizo mudar enteramente de aspecto á aquella iglesia. Reedificó el antiguo monasterio de Bancortan famoso en tiempo de San Columbano, pero arruinado despues por los piratas y convertido en guarida de animales peligrosos. Habiendo vacado la Silla episcopal de Conneret, separada entonces de Downe á la cual fué unida despues, Malaquías fué elegido á su pesar, teniendo solo unos

treinta años, y obligado á aceptarla por órden de su metropolitano. No se puede imaginar lo que tuvo que sufrir con aquel pueblo: aquellos hijos de los Santos habian degenerado enteramente y no conservaban de la Religion cristiana mas que el nombre: en lo demas eran salvajes mas parecidos en sus obras á brutos que á cristianos, y aun que á hombres. No perdió por esto el ánimo su santo pastor: exhortó en público y en particular, visitó la diócesis, pasó noches enteras en oracion, y sufrió fatigas y penas increíbles, insultos y malos tratamientos, hasta que por fin venció la dureza de aquel pueblo haciéndole someterse de nuevo al yugo del Evangelio.

Apenas recogía el fruto de tantos trabajos, cuando su arzobispo, atacado de la enfermedad de que murió, le designó para sucesor suyo, y mandó elegirle por la autoridad de San Patricio, á la cual en Irlanda nadie se atrevía á resistir; y fué en efecto ordenado arzobispo de Armagh, donde tuvo aun mas que trabajar y sufrir que en Conneret (1130). No lo aceptó sino por la esperanza del martirio, segun se esplicó él mismo, y con condicion de que si sus trabajos tenian un éxito mas feliz para aquella segunda iglesia, se le habia de permitir volverse á su primera Silla. En el espacio de tres años restableció la paz, la disciplina y las costumbres en la diócesis de Armagh y en toda la Ultonia, á donde se habian estendido los desórdenes de esta iglesia madre. Habia unos doscientos años que no se sufría en Armagh arzobispo que no fuese de cierta familia. Si no se encontraban clérigos de esta parentela, se entregaba el arzobispado á legos casados, y se contaban ya ocho de estos, que sin ningun caracter eclesiástico le habian poseído así antes de Celso. En cuanto á Celso, aunque hubiese sido nombrado arzobispo de Armagh siendo todavia lego, como él fué quien confirió las